

LOS HOMBRES QUE ASESINARON A MAHOMA

Alfred Bester

Hubo un hombre que mutiló la Historia. Derribó imperios y borró dinastías. Por su culpa, Monte Vernon dejaría de ser un monumento nacional, y Columbus, Ohio, debería llamarse Cabot, Ohio. Por él, el nombre de Marie Curie debería maldecirse en Francia, y nadie podría jurar por las barbas del Profeta. En realidad, estas cosas no sucedieron, porque él era un profesor loco; o, dicho de otro modo, sólo consiguió que fuesen irreales para él mismo.

El paciente lector está sin duda suficientemente familiarizado con el sabio loco convencional, bajito y de frente muy grande, que crea en su laboratorio monstruos que invariablemente se vuelven contra él y amenazan a su encantadora hija. Este relato no trata de ese falso tipo de hombre. Trata de Henry Hassel, un auténtico sabio loco similar a hombres tan famosos, y mucho más conocidos, como Ludwig Boltzmann (ver Ley de los Gases Perfectos), Jacques Charles y André Marie Ampere (1775-1836).

Todo el mundo debería saber que el amperio eléctrico recibió tal nombre en honor a Ampere. Ludwig Boltzmann fue un distinguido físico austriaco, tan famoso por su investigación sobre la radiación del cuerpo negro como sobre los gases perfectos. Figura en el volumen tercero de la Enciclopedia Británica, BALT a BRAT. Jacques Alexandre Cesar Charles fue el primer matemático que se interesó en el vuelo, e inventó el globo de hidrógeno. Estos eran hombres reales.

Eran también sabios locos reales. Ampere por ejemplo, iba camino de una importante reunión de científicos en París. En el taxi se le ocurrió una brillante idea (de naturaleza eléctrica supongo), sacó un lápiz y anotó la ecuación en la pared del coche. Más o menos, era: $dH = ipdl/r^2$ en donde p es la distancia perpendicular de P a la línea del elemento dl ; o $dH = i \sin \theta dl/r^2$. Esto se conoce como Ley de Laplace, aunque éste no estuviese en la reunión.

Lo cierto es que el taxi llegó a la Academia. Ampere se bajó, pagó al conductor y entró rápidamente en el lugar de reunión a explicar a todos su idea. Entonces cayó en la cuenta de que no había tomado nota de ella, recordó dónde la había apuntado, y hubo de lanzarse por las calles de París a la caza de aquel taxi para recobrar su ecuación perdida. A veces me imagino que debió ser así como Fermat perdió su famoso "Último Teorema", aunque Fermat tampoco estaba en la reunión, pues había muerto doscientos años atrás.

O pensemos en Boltzmann. Dando un curso avanzado sobre gases perfectos, salpicaba sus lecciones con cálculos que elaboraba mentalmente y con gran rapidez. Tenía gran facilidad para esto. Sus alumnos, incapaces de desentrañar aquel galimatías de oído, no podían seguir sus lecciones, y pidieron a Boltzmann que escribiera las ecuaciones en la pizarra.

Boltzmann se disculpó y prometió ayudarles más en el futuro. Al día siguiente empezó así: "Caballeros, combinando la Ley de Boyle con la Ley de Charles, llegamos a la ecuación $pV = p_0 V_0 \frac{T}{T_0}$. Por tanto, evidentemente, si $T \propto V^{-1}$ entonces $pV = RT$ y $\int p \, dV = 0$. Es algo tan simple como dos y dos son cuatro". Y entonces Boltzmann se acordó de su promesa. Se volvió a la pizarra y tranquilamente escribió $2+2=4$, y luego continuó haciendo de memoria sus complicados cálculos.

Jacques Charles, el brillante matemático que descubrió la Ley de Charles (llamaba a veces Ley de Gay-Lussac), al que Boltzmann mencionaba en sus conferencias, tenía una pasión lunática por convertirse en paleógrafo famoso (es decir, descubridor de manuscritos antiguos). Creo que el verse obligado a compartir su gloria con Gay-Lussac debió impulsarle a esto.

Pagó a un eminente falsificador, llamado Vrain-Lucas, 200.000 francos por cartas hológrafas supuestamente escritas por Julio César, Alejandro Magno y Poncio Pilatos. Charles, hombre capaz de analizar cualquier gas, perfecto o no, creyó realmente que aquellos documentos falsificados eran auténticos, pese a que el miserable Vrain-Lucas los había escrito en francés moderno, en papel moderno, Charles intentó incluso donarlos al Louvre.

Ahora bien, estos hombres no eran idiotas. Eran genios que pagaron un elevado precio por su genio, pues el resto de su pensamiento estaba fuera de este mundo. Un genio es un individuo que viaja hacia la verdad por una senda inesperada. Por desgracia, en la vida diaria, las sendas inesperadas conducen al desastre. Esto fue lo que le pasó a Henry Hassel, profesor de compulsión aplicada en la Universidad Desconocida, en el año de 1890.

Nadie sabe dónde está la Universidad Desconocida, ni lo que se enseña allí. Tiene un cuerpo docente de unos doscientos excéntricos, y unos dos mil estudiantes... que permanecen en el anonimato hasta que ganan el premio Nobel o se convierten en el Primer Hombre de Marte. Se puede localizar fácilmente a un graduado de la Universidad Desconocida preguntando a la gente dónde estudió. Si contestan de forma evasiva, diciendo, por ejemplo: "Estado" o "una universidad muy corriente de la que nunca habrá oído hablar", puede estar seguro de que fueron a la Universidad Desconocida. Espero que pueda hablar algún día más ampliamente de esa universidad, que es un centro de aprendizaje sólo en el sentido pickwickiano.

Lo cierto es que Henry Hassel se dirigía a su casa desde su oficina del Centro Psíquico a primera hora de la tarde, cruzando la arcada de Cultura Física. Es falso que hiciese esto para atisbar a las alumnas que practicaban eurritmia arcana; lo que sucedía era que a Hassel le gustaba admirar los trofeos expuestos en la arcada, ganados por los grandes equipos de la universidad en campeonatos en los que suele ganar la Universidad Desconocida, deportes como estrabismo, oclusión y botulismo. (Hassel había sido durante tres años seguidos campeón individual de frambesia.) Por fin llegó a su casa y entró alegremente para descubrir a su mujer en brazos de un hombre.

Allí estaba una mujer encantadora de treinta y cinco años, el pelo de un rojo suave y los ojos almendrados, abrazada por un individuo que tenía los bolsillos llenos de panfletos aparatos microquímicos y un martillo de reflejos (un personaje típico de la Universidad Desconocida, en realidad). Era un abrazo tan concienzudo que ninguna de las partes advirtió que Henry Hassel les miraba furioso desde el vestíbulo.

Recordemos ahora a Ampere, a Charles y Boltzmann. Hassel pesaba setenta y seis kilos. Era musculoso y no tenía inhibiciones. Para él podría haber sido un juego de niños destrozar a su esposa y a su amante, y alcanzar así simple y directamente el objetivo que deseaba: poner fin a la vida de su mujer. Pero Henry Hassel era un genio; y su mente no operaba de aquel modo.

Contuvo el aliento, se volvió y se metió en su laboratorio privado a toda velocidad. Abrió un armario con la etiqueta DUODENO y sacó un revólver calibre 45. Abrió otros armarios, con etiquetas más interesantes, y diversos aparatos. En exactamente siete minutos y medio (tal era su urgencia), montó una máquina del tiempo (tal era su genio).

El profesor Hassel montó, pues, la máquina del tiempo, se metió en ella, puso el marcador en 1902, cogió el revólver y apretó un botón. La máquina hizo un ruido parecido a una cañería defectuosa y Hassel desapareció. Reapareció en Filadelfia el 3 de junio de 1902, yendo directamente a la calle Walnut número 1218, una casa de ladrillos rojos con escaleras de mármol, y tocó el timbre. Abrió la puerta un hombre que podría haber pasado por el tercer Hermano Smith, que miró a Henry Hassel.

—¿El señor Jessup?—preguntó Hassel con voz aguada.

—¿Sí?

—¿Es usted el señor Jessup?

—Yo soy.

—¿Tiene usted un hijo llamado Edgar? ¿Edgar Allan Jessup... llamado así por su lamentable admiración hacia Poe?

El tercer Hermano Smith estaba muy sorprendido.

—Que yo sepa no—dijo—. Aún estoy soltero.

—Pues lo tendrá —dijo Hassel colérico—. Yo tengo la desdicha de estar casado con la hija de su hijo, Greta. Discúlpeme—. Alzó el revólver y mató al supuesto abuelo de su esposa.

—Ahora ella habrá dejado de existir—murmuró Hassel soplando el humo del cañón del revólver—. Seré soltero. Podré incluso casarme con otra... ¡Dios mío! ¿Con quién?

Hassel esperó impaciente a que el dispositivo automático de la máquina del tiempo le devolviese a su laboratorio. Se lanzó hacia el salón. Allí estaba su pelirroja esposa, aún en los brazos de un hombre.

Hassel quedó sobrecogido.

—Así que esas tenemos —gruñó—. Toda una tradición familiar de infidelidad. Bueno, da lo mismo. Hay medios y modos.

Soltó una risa sorda, regresó a su laboratorio, y se trasladó al año 1901, donde mató a Emma Hotchkiss, la supuesta abuela materna de su esposa. Luego regresó a su casa y a su tiempo. Allí estaba su pelirroja esposa, aún en los brazos de otro hombre.

—Pero yo sé que aquella vieja zorra era su abuela—murmuró Hassel—. Y además se parecían mucho. ¿Qué demonios pasa?

Hassel se sentía confuso y desilusionado, pero aún le quedaban recursos. Fue a su estudio tuvo dificultades para coger el teléfono, pero finalmente logró marcar el número del Laboratorio de Tratamientos Equivocados, Nocivos e Ilegales. Sus dedos resbalaban al marcar los números.

—¿Sam?—dijo—. Aquí Henry.

—¿Quién?

—Henry.

—Hable más alto.

—¡Henry Hassel!

—Ah, buenas tardes, Henry.

—Háblame del tiempo.

—¿Tiempo? Mmmmm... —la computadora Simplex-Multiplex se aclaró la garganta mientras esperaba a que se activasen los circuitos de datos—. "Ejem. Tiempo. (1) Absoluto. (2) Relativo. (3) Recurrente. (1) Absoluto: Período contingente, duración, diurnidad, perpetuidad...

—Perdona, Sam. Formulación errónea. Vuelve atrás. Quiero tiempo, referencia a sucesión de, viajar en.

Sam accionó los engranajes y volvió de nuevo. Hassel escuchó con gran atención. Asintió. Gruñó.

—Vaya, vaya. Está bien. Ya lo entiendo. Así que es un continuum. Actos realizados en el pasado deben alterar el futuro. Entonces no hay duda de que estoy en el camino adecuado. Pero el acto ha de ser significativo, claro. Efecto

de acción masiva. Los hechos triviales no pueden desviar las corrientes de fenómenos existentes. Vaya, vaya. Pero, ¿Hasta qué punto puede considerarse trivial a una abuela?

—¿Qué intentas hacer, Henry?

—Matar a mi esposa —contestó Hassel. Colgó. Volvió a su laboratorio. Pensó, aún furioso.

"Tengo que hacer algo significativo, murmuró, "Borrar a Greta. Borrarlo todo. ¡Muy bien, Dios mío! Se lo demostraré. Ya les enseñaré".

Hassel retrocedió hasta el año 1775, visitó una granja de Virginia y liquidó a un joven coronel. El coronel se llamaba George Washington y Hassel se aseguró plenamente de su muerte. Regresó a su propia época y a su propia casa. Allí estaba su pelirroja esposa, aún en los brazos de otro.

—¡Maldita sea! —dijo Hassel. Estaba quedándose sin municiones. Abrió otra caja de balas, retrocedió en el tiempo y liquidó a Cristóbal Colón, Napoleón, Mahoma y media docena de celebridades más.

—¡Ahora tiene que resultar, Dios mío! —dijo.

Volvió a su propia época, y encontró a su esposa como antes.

Sus rodillas parecieron fundirse; sus pies hundirse en el suelo. Volvió a su laboratorio caminando por arenas movedizas de pesadilla.

—¿Qué demonios puede considerarse significativo? —se preguntaba Hassel muy atribulado—. ¿Qué es lo que hay que hacer para conseguir cambiar el futuro? Dios mío, esta vez lo cambiaré realmente. Esta vez no fallará.

Viajó a París, a principios del siglo veinte, y visitó a Madame Curie, que trabajaba en un taller de un ático, cerca de la Sorbona.

—Señora—dijo en un execrable francés—, soy para usted un extraño completo, pero soy todo un científico. Sabiendo de sus experimentos con el radio... ¡Ah! aún no ha empezado con el radio... no importa. He venido para enseñarla todo lo que hay que saber sobre fisión nuclear.

Le enseñó. Tuvo la satisfacción de ver París cubierto por un hongo de humo antes de que el dispositivo automático le devolviese a su casa.

—Eso enseñará a las mujeres a ser fieles —gruñó—. ¡Buf!

Esto último brotó de sus labios cuando vio a su pelirroja esposa aún... en fin, no hay ninguna necesidad de repetir lo obvio.

Hassel fue hacia su estudio muy confuso y se sentó a pensar. Mientras él piensa, mejor será que les advierta que éste es un relato sobre el tiempo que

no se ajusta al modelo convencional. Si se imaginan por un instante que Henry va a descubrir que el hombre que está abrazado a su esposa es él mismo, están en un error. La víbora no es Henry Hassel, su hijo, un pariente, ni siquiera Ludwig Boltzmann (1844-1906). Hassel no describe un círculo en el tiempo, terminando donde comienza el relato (para satisfacción de nadie e irritación de todos) por la simple razón de que el tiempo no es circular ni lineal, ni doble ni discoidal ni syzygono, ni longinquituo ni pendiculado. Él tiempo es una cuestión privada, como descubrió Hassel.

—Quizás me equivocase—murmuró Hassel—. Lo mejor será que compruebe. Luchó con el teléfono, que parecía pesar cien toneladas y al fin consiguió comunicar con la biblioteca

—¿Biblioteca? Aquí Henry.

—¿Quién?

—Henry Hassel.

—Más alto, por favor.

—¡HENRY HASSEL !

—Ah. Buenas tardes, Henry.

—¿Qué tenéis sobre George Washington?

Biblioteca tamborileó mientras sus instrumentos recorrían los catálogos.

—George Washington, primer presidente de los Estados Unidos. Nació en...

—¿Primer presidente? ¿No fue asesinado en 1775?

—Por Dios, Henry. No digas tonterías. Todo el mundo sabe que George Washington...

—¿No sabe nadie que fue asesinado?

—¿Por quién?

—Por mí.

—¿Cuándo?

—En 1775.

—¿Cómo pudiste hacer tú eso?

—Tengo un revólver.

—No, quiero decir cómo conseguiste hacerlo hace doscientos años.

—Tengo una máquina del tiempo.

—Bueno, pues aquí no dice nada—contestó Biblioteca—. En mis archivos todo sigue igual. Te habrás equivocado.

—No me equivoqué, no. ¿Qué me dices de Cristóbal Colón? ¿No está reseñada su muerte en 1489?

—Pero si descubrió el Nuevo Mundo en 1492.

—Ni hablar. Fue asesinado en 1489.

—¿Cómo?

—Con una bala del 45 en la cabeza.

—¿Tú otra vez, Henry?

—Pues aquí no dice nada —insistió Biblioteca—. Debes de ser muy mal tirador.

—No perderé la paciencia—dijo Hassel con voz temblorosa.

—¿Por qué no Henry?

—Porque ya la he perdido—gritó—. ¡Está bien! ¿Y qué hay de Marie Curie? ¿Descubrió o no la bomba nuclear que destruyó París a principios de siglo?

—Ella no la descubrió. Enrico Fermi...

—Fue ella.

—No lo fue.

—Yo le enseñé personalmente. Yo. Henry Hassel.

—Todo el mundo sabe que eres un maravilloso teórico, pero un pésimo profesor, Henry. Tú...

—Vete al diablo, viejo idiota. Esto tiene que tener una explicación.

—¿Por qué?

—Lo olvidé. Se me había ocurrido algo, pero ya no importa. ¿Qué me sugerirías tú?

—¿Tienes realmente una máquina del tiempo?

—Por supuesto que la tengo.

—Entonces vuelve y comprueba.

Hassel volvió al año 1775, visitó Monte Vernon, e interrumpió la siembra de primavera.

—Perdone, coronel—empezó.

El gran hombre le miró con curiosidad.

—Habla usted de una forma extraña, forastero—dijo—. ¿De dónde viene?

—Oh, de una universidad corriente de la que nunca habrá oído hablar.

—Tiene usted también un aspecto extraño. Nebuloso, diría yo.

—Dígame, coronel, ¿Qué sabe usted de Cristóbal Colón?

—No mucho—contestó el coronel Washington—. Murió hace doscientos o trescientos años.

—¿Cuándo murió exactamente?

—Creo que en el siglo dieciséis, no sé exactamente el año.

—Nada de eso. Murió en 1489.

—Se equivoca usted, amigo. Descubrió América en 1492.

—América la descubrió Cabot. Sebastián Cabot.

—Nada de eso. Cabot llegó mucho después.

—¡Tengo una prueba infalible! —comenzó Hassel, pero dejó de hablar al ver aproximarse a un hombre fornido y vigoroso de cara congestionada por la cólera. Llevaba unos pantalones grises muy arrugados y una chaqueta a cuadros dos tallas más pequeña que la suya. Llevaba también un revólver del 45. Henry Hassel comprendió que estaba mirándose a sí mismo y no le gustó lo que veía.

—¡Dios mío! —murmuró—. Soy yo, cuando vine a matar a Washington aquella primera vez. Si hubiese hecho este viaje una hora más tarde me habría encontrado a Washington muerto. ¡Eh! —dijo—. Aún no. Espera un minuto. Tengo que resolver una cosa antes.

Hassel no se prestó la menor atención a sí mismo, en realidad, no parecía tener conciencia de sí mismo. Avanzó directamente hacia el coronel Washington y le disparó un tiro en la cabeza. El coronel Washington se derrumbó, evidentemente muerto. El primer asesino inspeccionó el cuerpo, y

luego, ignorando la tentativa de Hassel de detenerle y disputar con él, se volvió y se alejó, murmurando colérico entre dientes.

—No me oyó—se decía Hassel—. Ni siquiera me percibió. Y, ¿Por qué no me acuerdo de que intenté detenerme a mí mismo la primera vez que maté al coronel? ¿Qué demonios pasa?

Considerablemente alterado, Henry Hassel visitó Chicago y se dirigió allí a los patios de la Universidad, a principios de la década de 1940. Allí, entre una resbaladiza mezcla de ladrillos de grafito y polvo de grafito, localizó a un científico italiano llamado Fermi.

—Veo que está usted repitiendo el trabajo de Marie Curie, eh, dottore? —dijo Hassel.

Fermi miró a su alrededor como si hubiese oído un rumor apagado.

—¿Repitiendo el trabajo de Marie Curie, dottore?—gritó Hassel.

Fermi le miró con extrañeza.

—¿De dónde es usted, amico?

—Estado.

—¿Departamento de Estado?

—Sólo Estado. Es cierto, verdad, dottore que Marie Curie descubrió la fisión nuclear a principios de siglo, ¿verdad?

—¡No! ¡No! ¡No! —gritó Fermi—. Nosotros somos los primeros, y aún no lo hemos conseguido del todo. ¡Policía! ¡Policía! ¡Un espía!

—Esta vez no habrá ningún error —gruñó Hassel.

Sacó su 45 y lo descargó en el pecho del doctor Fermi, y esperó la detención e inmolación en los archivos periodísticos. Ante su sorpresa, el doctor Fermi no se derrumbó.

El doctor Fermi se limitó a palparse el pecho suavemente, y, a los hombres que llegaron respondiendo a su llamada, les dijo:

—No es nada. Sentí en mi interior como una súbita quemadura, pero quizá sea una neuralgia del nervio cardíaco, o quizás un gas.

Hassel estaba demasiado agitado para esperar el mecanismo automático de la máquina del tiempo. Regresó inmediatamente a la Universidad Desconocida por su cuenta. Esto debería haberle dado una clave, pero estaba demasiado obsesionado para advertirlo. Fue por entonces cuando yo (1913-1975) le vi por primera vez: una imagen confusa que avanzaba entre los coches aparcados,

atravesando puertas cerradas y paredes de ladrillo, con la cara iluminada por una decisión lunática.

Penetró en la Biblioteca, dispuesto a una gran discusión, pero no logró que los catálogos le oyesen o apreciaran su existencia. Pasó luego al Laboratorio de Prácticas Equivocadas, Nocivas o Ilegales, donde Sam, la computadora Simplex-Multiplex, tiene instalaciones sensibles hasta 10.700 angstroms. Sam no podía ver a Henry, pero lograba oírlo a través de una especie de fenómeno de interferencia de onda.

—Sam—dijo Hassel—, he hecho un descubrimiento increíble.

—Tú siempre estás descubriendo cosas, Henry—se quejó Sam—. Tu sección de datos está llena. ¿Quieres que empiece otra cinta para ti?

—Necesito un consejo. ¿Quién es la máxima autoridad en Tiempo referencia sucesión de, viajar en?

—Sería Israel Lennox, mecánica espacial, profesor de Yale.

—¿Cómo puedo ponerme en contacto con él?

—No puedes, Henry. Ha muerto. Murió en 1975.

—¿Cuál es entonces la máxima autoridad actual en tiempo, viajar en?

—Wiley Murphy.

—¿Murphy? ¿De nuestro Departamento de Traumas? Está bien, ¿Dónde podré localizarle ahora?

—Precisamente, Henry, fue a tu casa a preguntarte algo.

Hassel volvió a su casa a toda prisa buscó en su laboratorio y en su estudio sin encontrar a nadie y al fin penetró en el salón, donde su pelirroja mujer aún seguía en brazos de otro hombre. (Todo esto, quede bien entendido, se produjo en el espacio de unos cuantos instantes después de la construcción de la máquina del tiempo; tal es el carácter del tiempo y de los viajes en el tiempo.) Hassel carraspeó una o dos veces y probó a dar una palmada a su mujer en el hombro. Sus dedos penetraron en ella.

—Perdona, querida—dijo—. ¿Ha venido a verme Wiley Murphy?

Entonces miró más de cerca y vio que el hombre que abrazaba a su esposa era el propio Murphy

—¡Murphy! —exclamó Hassel—. Precisamente la persona a la que busco. He tenido una experiencia extraordinaria.

Hassel se lanzó inmediatamente a una lúcida descripción de su extraordinaria experiencia, que fue más o menos así.

—Murphy, $u-v = (u^2 - v^2)^{1/2}$ ($v \sim + ux \quad vv + vb$) pero cuando George Washington $F(x) y^2 0 dx$ y Enrico Fermi $F(u/2) dxdt$ un medio de Marie Curie, y Cristóbal Colón por la raíz cuadrada de menos uno...

Murphy ignoró a Hassel, lo mismo que la señora Hassel. Yo apunté las ecuaciones de Hassel en el capot de un taxi que pasaba.

—Escúchame, Murphy —dijo Hassel—. Greta, querida, ¿Te importaría dejarnos un momento? Yo... por amor de Dios, ¿Queréis dejar ya esta tontería? Se trata de un asunto serio.

Hassel intentó separar a la pareja. No pudo cogerlos, lo mismo que no había conseguido que le oyeran. Su cara enrojeció de nuevo y fue tal su cólera que comenzó a pegar a la señora Hassel y a Murphy. Era como pegar a un gas perfecto. Consideré que era preferible intervenir.

—¡Hassel!

—¿Quién es?

—Sal afuera un momento. Quiero hablar contigo.

Pasó a través de la pared.

—¿Dónde estás?

—Aquí.

—Tienes una forma muy nebulosa.

—También tú.

—¿Quién eres?

—Me llamo Lennox. Israel Lennox.

—¿Israel Lennox, mecánica espacial, profesor de, Yale?

—El mismo.

—Pero tú falleciste en 1975.

—Yo desaparecí en 1975.

—¿Qué quieres decir?

—Inventé una máquina del tiempo.

—¡Dios mío! Yo también —dijo Hassel—. Esta tarde. La idea se me ocurrió de repente, no sé por qué, y he tenido una experiencia de lo más extraordinaria. Lennox, el tiempo no es un continuum.

—¿No?

—Es una serie de partículas separadas... como perlas en un collar.

—¿Sí?

—Cada perla es un "ahora". Cada "ahora" tiene su propio pasado y su propio futuro. Pero ninguno de ellos se relaciona con los demás. ¿Comprendes? Si $\sim = \sim i + u, ji ++ 0 A \sim$

—Ahórrate las fórmulas matemáticas, Henry.

—Es una forma de transferencia cuántica de energía. El tiempo se emite en corpúsculos independientes o quantas. Podemos visitar el quanta individual de cada uno y hacer cambios dentro de él, pero ningún cambio de un corpúsculo afecta a otro corpúsculo. ¿Correcto?

—No—dijo con tristeza.

—¿Qué quieres decir con eso? —respondió él, gesticulando colérico a través de una alumna que pasaba—. Si tienes en cuenta las ecuaciones trocoides y...

—No—repetí con firmeza—. ¿Quieres escucharme, Henry?

—Bueno, habla —dijo.

—¿Te has dado cuenta de que te has hecho casi insubstancial? Inmaterial, espectral... ¿Te das cuenta que el espacio y el tiempo no te afectan ya?

—Sí.

—Henry, yo tuve la desdicha de construir una máquina del tiempo en 1975.

—Ya me lo dijiste. Ove. ; qué me dices /1PI vn1energía? Supongo que estoy utilizando unos 7,3 kilowatios por...

—Déjate de kilowatios, Henry. En mi primer viaje al pasado, visité el Pleistoceno. Tenía unas ganas tremendas de fotografiar al mastodonte, al perezoso gigante y al dientes de sable. Cuando retrocedía para captar plenamente al mastodonte en mi campo de visión a f/6,3 para 1/100 de segundo, o en la escala LVS...

—No importa la escala—dijo él.

—Pues bien, al retroceder, pisé y maté involuntariamente a un pequeño insecto pleistocénico.

—¡Oh! —exclamó Hassel.

—El incidente me dejó aterrado. Creí que cuando volviese al mundo lo encontraría completamente cambiado como consecuencia de aquella sola muerte. Imagínate mi sorpresa cuando volví a mi mundo y me encontré con que nada había cambiado.

—¡Ah! —dijo Hassel.

—Sentí curiosidad. Volví al pleistoceno y maté un mastodonte. Nada cambió en 1975. Volví al pleistoceno y me dediqué a liquidar animales... sin ninguna consecuencia. Recorrí el tiempo, matando y destruyendo, para ver si conseguía alterar el presente.

—Entonces hiciste lo mismo que yo—exclamó Hassel—. Es extraño que no nos encontráramos.

—No lo es en absoluto.

—Yo maté a Colón.

—Yo a Marco Polo.

—Yo a Napoleón.

—Yo consideré más importante a Einstein.

—Mahoma no cambió mucho las cosas... yo esperaba más de él.

—Lo sé. También yo lo maté.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Hassel.

—Yo lo maté el 16 de septiembre del 599. Cronología antigua.

—¿Cómo? Yo maté a Mahoma el 5 de enero del 598.

—Te creo.

—¿Cómo pudiste matarle tú después de haberle matado yo?

—Los dos le matamos.

—Eso es imposible.

—Amigo mío—dije yo—el tiempo es totalmente subjetivo. Es una cuestión privada... una experiencia personal. No hay algo a lo que podamos llamar tiempo objetivo, lo mismo que no hay amor objetivo, o alma objetiva.

—¿Quieres decir que viajar en el tiempo es imposible? Pero nosotros lo hemos hecho.

—Desde luego, y algunos más, estoy seguro. Pero viajamos en nuestro propio pasado, y no en el de los demás. No hay ningún continuum universal, Henry. Sólo hay millones de individuos, cada uno con su propio continuum; y un continuum no puede afectar al otro. Somos como millones de espaguetis en la misma cazuela. Ningún viajero del tiempo puede encontrarse jamás, ni en el pasado ni en el futuro, con otro viajero. Cada uno viaja sólo por su propio espagueti.

—Pero ahora estamos juntos, nos hemos encontrado.

—Ya no somos viajeros del tiempo, Henry. Hemos pasado a ser la salsa de los espaguetis.

—¿La salsa de los espaguetis?

—Sí. Tú y yo podemos visitar cualquier espagueti que queramos, porque nos hemos destruido a nosotros mismos.

—No comprendo.

—Cuando un hombre cambia el pasado sólo afecta a su propio pasado y al de nadie más. El pasado es como la memoria. Cuando borras el recuerdo de un hombre, le borras, pero no borras a ningún otro. Tú y yo hemos borrado nuestro pasado. Los mundos individuales de los demás continúan, pero nosotros hemos dejado de existir.

—Hice una pausa significativa.

—¿Qué quieres decir con eso de que "hemos dejado de existir"?

—Con cada acto de destrucción nos disolvemos un poco. Ahora nos hemos disuelto del todo. Hemos cometido cronicidio. Somos espectros. Espero que la señora Hassel sea muy feliz con el señor Murphy... Ahora acerquémonos a la Academia. Ampere está contando cosas muy interesantes sobre Ludwig Boltzmann.

FIN